



THE
MENTORING
PROJECT

GRACIA PARA CON QUIENES TE HIEREN: CÓMO AMAR A TUS ENEMIGOS



AUTOR: DR. RICHARD PERHAI
EDITOR: DR. LARRY OATS

GRACIA PARA CON
QUIENES TE
HIEREN: CÓMO
AMAR A TUS
ENEMIGOS



AUTOR: DR. RICHARD PERHAI

EDITOR: DR. LARRY OATS

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	4
PARTE 1: LA RAÍZ DEL CONFLICTO: POR QUÉ EXPERIMENTAMOS EL DOLOR.....	7
PARTE 2: EL EVANGELIO COMO GRAN IGUALADOR: UN EXAMEN ESPIRITUAL AL CORAZÓN.....	122
PARTE 3: LA DECISIÓN DE PERDONAR: CÓMO SUPERAR NUESTROS SENTIMIENTOS PARA PODER SOLTAR	166
PARTE 4: CÓMO PRACTICAR EL AMOR EN EL MUNDO REAL: HABILIDADES ESENCIALES PARA LAS RELACIONES	20
PARTE 5: LA RECOMPENSA DE LOS QUE TRABAJAN POR LA PAZ: EL DESCANSO EN LA PAZ DE CRISTO.....	244
CONCLUSIÓN: ÚLTIMAS OBSERVACIONES DESDE EL PORCHE	29



INTRODUCCIÓN

Me acuerdo de un hombre en mi primera iglesia. Parecía despertar cada mañana nada más que para complicarme la vida. Susurraba por los pasillos. Cuestionaba mis motivos en las reuniones. Siempre que lo veía sentía un fuerte ardor en el pecho. Casi todos tenemos una lista secreta. Una lista de personas que esperamos que fracasen. Nos sentamos en los bancos los domingos y hablamos de la gracia, pero cargamos un pesado saco de amargura el resto de la semana. Tratar con gente difícil nos agota. Amar a tus enemigos no es un «superlogro» de «super cristianos». Es el llamado básico para cualquiera que siga a Jesús, y aprender a amarlos es esencial.

La gente es mala porque el mundo está quebrantado. A esto lo denominamos depravación total: el pecado ha llegado a cada parcela de nosotros. Cuando alguien te hiere, es un síntoma de esta condición caída. Lo ves en el supermercado y en la oficina. Durante mucho tiempo me creí la única «buena» persona en mi vida. Mientras culpaba a aquel hombre de mi iglesia, ignoraba mi propia soberbia. Es difícil confiar en Dios cuando la gente te trata injustamente, sobre todo cuando te preguntas por qué Dios permite el sufrimiento. Pero Él tiene soberanía sobre ese dolor. Tu enemigo no lo sorprende. A menudo usa a personas difíciles para eliminar el egoísmo de nuestra alma. Acuérdate de José. Sus hermanos lo arrojaron a un pozo y discutieron sobre si matarlo o venderlo a traficantes de esclavos. Su idea era malvada, pero Dios usó ese conflicto para, entre otras cosas, salvar a una nación.

Fijémonos en el abismo entre Dios y nosotros. Romanos 5:10 nos califica de «enemigos de Dios». Éramos rebeldes. No merecíamos su bondad, pero nos la dio de todos modos. Las palabras de la Biblia acerca del

GUÍA DE CAMPO

perdón revelan la gravedad de nuestra deuda. Hay multitud de versículos bíblicos sobre el perdón, como la historia del siervo al que se le perdonó una deuda enorme (Mt 18:23-35), pero que luego salió y estranguló a un hombre que le debía unas monedas. A veces hacemos eso. Queremos misericordia para nosotros, pero exigimos la frialdad de la ley para el resto. Nos creemos superiores. Sin embargo, la cruz nos recuerda la verdadera naturaleza del perdón en la Biblia y nuestra condición de mendigos.

El perdón no es un sentimiento y tampoco es olvido. No es cuestión de que el pecado estuviera «bien». Es una especie de transacción legal del corazón que suele empezar por soltar el pasado. Tomas la deuda que tienen contigo y la pones en manos de Dios. Él es el único juez justo. Dejas de jugar a ser Dios castigando a esa persona con el silencio. Es vital comprender cómo perdonar. Conocí a una mujer en mi congregación que al final aprendió a perdonar a alguien que la hirió profundamente. No perdonó porque su padre se disculpara; él jamás lo ha hecho. Aprendió a perdonar a alguien que no se arrepiente porque Cristo la transformó. Se dio cuenta de que ella era la que estaba en cautiverio. El perdón fue la clave.

Esta fe tiene que obrar en tu vida diaria, no solo el domingo por la mañana. Tiene que obrar en una mañana normal, cuando estés cansado y estresado. Comienza por saber orar por tus enemigos. Es difícil seguir enojado mientras le pides a Dios que bendiga el alma de alguien. Se requiere gracia para aprender a amar bíblicamente a tus enemigos y a aquel que no te agrada. Puedes continuar manteniendo la distancia. Conocer la diferencia entre perdón y reconciliación permite poner límites bíblicos en las relaciones. Puedes perdonar a alguien y, pese a ello, apartarte de él si supone un peligro. Eso es prudencia, no amargura. Al reflexionar sobre lo que dice la Biblia acerca del trato con personas tóxicas, recuerda cómo tratar a tus enemigos con una bondad similar a la de Cristo. Prueba con un gesto pequeño. Cómprale un café al compañero que intentó que te despidieran. No lo hagas por ganar una disputa, sino para mostrarle a Cristo. Y contén los dedos: cuando te ataquen en Internet, sé una tumba.

Hay recompensa para los que trabajan por la paz. El perdón cristiano te aporta un descanso que llega al alma cuando dejas de buscar venganza.

GRACIA PARA CON QUIENES TE HIEREN

Miramos la cruz y oímos lo que proclamó Jesús sobre el perdón: «Padre, perdónalos». Esa es nuestra mayordomía. En el cielo nuevo ya no habrá enemigos. Se acabará la animadversión. Ahora estamos ensayando para el cielo amando a los demás. El coraje no te basta para aprender a confiar en Dios en los momentos duros. Necesitas que el Espíritu Santo mueva tu corazón. Nombra a esa persona. Entrégasela a Dios. Suelta esa carga.

1

LA RAÍZ DEL CONFLICTO: POR QUÉ EXPERIMENTAMOS EL DOLOR

El corazón caído y el mundo quebrantado: perspectiva bíblica sobre por qué el mundo se siente roto

Por algún motivo, no dejan de salir heridas en lo cotidiano. No solamente en una habitación de hospital o en la tumba, sino también en el supermercado o en la mesa de la cocina, en el mensaje de texto que cae mal y así se queda. El dolor rara vez se anuncia ceremoniosamente. La mayoría de las veces, se instala en tu día y se niega a irse. Es entonces cuando muchos se confunden. Creen que algo ha salido inesperadamente mal, como si ese conflicto, ese duro golpe, ese dolor fuera una excepción. No lo es. Es el suelo que pisamos y el aire que respiramos.

He visto a gente comportarse con sorprendente dignidad mientras el cáncer le devoraba el cuerpo. He visto a otros desmoronarse por un comentario grosero en una fila para pagar. Mismo mundo. Mismo suelo. Distinta presión. El pecado no necesita un escenario teatral. Funciona igual de bien bajo luces fluorescentes. Las Escrituras nunca fingen lo contrario. Romanos 3 no suaviza el lenguaje: «No hay un solo justo, ni siquiera uno». Ni el acosador, ni el cobarde, ni el que sonríe mientras te corta el paso. Ni tú ni yo. Ese pasaje no solo diagnostica a los notoriamente malvados. Traslada el foco de atención a todos: «Su garganta es un sepulcro abierto». No es una exageración poética. Es un informe forense. Significa que dejamos salir la putrefacción a través de palabras, miradas o silencios. Significa que, sin querer, introducimos la muerte en las conversaciones; en ocasiones, sin darnos cuenta.

GRACIA PARA CON QUIENES TE HIEREN

Lo ves en el supermercado porque allí la gente está cansada. Tiene hambre y prisa. Le escasea la paciencia, sus hijos hacen ruido, su matrimonio está tenso, su cuenta bancaria se sangra. Y el pecado no necesita una gran presentación. Se cuela entre las rendijas. ¿Por qué es mala la gente? Porque el corazón está centrado en sí mismo. Agustín no estaba siendo dramático cuando lo explicó. Estaba siendo honesto. Despertamos pensando en nosotros: en nuestras necesidades, nuestras heridas, nuestra historia. Cuando otro se interpone, aunque sea levemente, la vieja maquinaria se pone en movimiento. Una vez vi a un hombre explotar delante de un cajero adolescente por un cupón de descuento. A un adulto. Se le marcaban la venas. Le temblaba la voz. Toda la tienda estaba inmóvil. Después, la gente susurraba sobre si tenía problemas de ira, sobre si era estrés, sobre «algo por lo que debe de estar pasando». Todo eso puede ser cierto. No obstante, había una verdad de fondo: el pecado había encontrado su momento y lo aprovechó. No es por excusarlo, sino para ponerle nombre. Las Escrituras no nos llaman ingenuos. Nos llaman a dominarnos. Cuando alguien te hiere, te parece personal porque es personal. Además, no depende de ti. Tú no provocaste el quebrantamiento que se desbordó de tu interior. Estabas allí en ese momento cuando salió a la superficie. Eso es importante porque, si no conoces el terreno, te pasarás la vida conmocionado por las malas hierbas.

El mito de la víctima: cómo pasar del victimismo al empoderamiento espiritual

Hay una mentira que nos decimos en voz baja, normalmente sin palabras. Algo así como: «Yo soy el sensato aquí. Yo soy el pulcro. Si ellos dejaran de pecar, todo estaría bien». Es una narrativa reconfortante, aunque mortal. Lo aprendí por las malas. Hace años, mantuve una animadversión tácita con un hombre de la iglesia. Nada dramático. No levantábamos la voz. Era simple tensión. Reuniones que se sentían forzadas. Correos electrónicos en los que se leía más frialdad de la necesaria. Yo repasaba sus defectos mientras conducía de regreso a casa. Su tono. Su terquedad. Su incapacidad de ver lo que era obvio para mí. También oraba por ello. Ese era el peligro. Le pedía a Dios que lo cambiara, lo ablandara, para que tuviera lucidez. Unas peticiones, todas ellas, aparentemente correctas.

GUÍA DE CAMPO

Una tarde, tras una reunión que fue especialmente mal, me senté a solas en mi oficina. El edificio estaba tranquilo. El sol entraba por las persianas. Un pensamiento no acusador, sino lúcido, me impactó con fuerza: «Te gusta tener razón más que ser fiel». Esa frase me dolió más que nada que él me hubiera dicho jamás. Yo no estaba peleando para buscar la paz, sino para reivindicarme. Quería ganar el relato. Quería ser el perjudicado que soportara todo con nobleza. Quería que él fuera el problema para yo poder mantenerme pulcro. Romanos 3 no deja margen para esa fantasía: «[...] no hay nadie que busque a Dios». No de forma natural. No de forma instintiva. Hasta nuestros mejores instintos necesitan ser redimidos.

El mito de la víctima no es que el sufrimiento no sea real. Lo es. El mito es que el sufrimiento siempre nos hace justos. Pues no. A veces solamente nos convierte en pecadores más astutos. Me he sentado a hablar con maridos convencidos de que sus problemas matrimoniales eran culpa exclusiva de sus esposas. Ellas estaban igualmente convencidas de lo contrario. Ambas partes estaban heridas. Ambas tenían algo de razón. Ambas estaban cegadas. Un corazón caído es listo. Puede transformar el dolor en arma. Puede transformar heridas reales en superioridad moral. Puede hacer que no dejes de fijarte en el pecado de otro para no tener que mirar el tuyo. He aquí la incómoda verdad, aprendida a lo largo de décadas de labor pastoral: la mayoría de los conflictos no se mantienen porque una persona sea malvada y la otra sea pura. Se mantienen porque el pecado ha descubierto dos corazones dispuestos a defenderse a sí mismos. Eso no significa que la culpa sea siempre igualitaria. Las Escrituras no nivelan la justicia. Algunos pecados son más fuertes. Algunas heridas son más profundas. La autocrítica no es opcional solo porque a ti te lastimaran primero o en mayor medida. David no dejó de ser pecador cuando Saúl intentó matarlo. José no quedó libre de pecado porque sus hermanos lo vendieran. El sufrimiento no santifica automáticamente. Dios sí lo hace.

La soberanía de Dios sobre nuestro dolor: cómo hallar propósito y consuelo divinos en las pruebas

Esto pone nerviosos a muchos. La soberanía parece distante cuando te estás desangrando. Puede parecer que a Dios lo estamos explicando en lugar de confiar en Él. Sin embargo, las Escrituras no presentan el reinado

GRACIA PARA CON QUIENES TE HIEREN

de Dios como una teoría: lo presentan como esperanza. La historia de José no es pulcra. No la desinfectes. Fue traicionado por su familia, arrojado a un pozo, vendido como ganado, olvidado en la cárcel. Mintieron sobre él. Pasaron los años, años de verdad; noches largas, días repetitivos, de los que hacen polvo la esperanza. Cuando José finalmente se presenta ante sus hermanos, el poder ha cambiado. Podría aplastarlos. En cambio, llora: «Es verdad que ustedes pensaron hacerme mal, pero Dios transformó ese mal en bien» (Gn 50:20). Observa lo que no dice. No niega el pecado de sus hermanos. No lo rebautiza como malentendido. Lo nombra: malvado, claro, astuto, injusto. Y señala algo más grande: que Dios lo transformó en bien.

Esa frase es contundente. Significa que Dios no estaba reaccionando tarde. No estaba apresurándose a salvar una mala situación. La traición no lo sorprendió. Estaba reinando sobre ella sin ser su autor. Esa distinción es importante. Dios es soberano. El hombre es responsable. Ambas cosas son ciertas. No podemos rebajar al uno para proteger al otro. He estado con personas que odiaban esa verdad, hasta que años más tarde fue lo que las sostuvo. Al principio se ofendían: «¿Estás diciendo que Dios lo quiso?». No. Las Escrituras no afirman tal cosa. Dicen que Dios pretendía el bien por medio de lo que otros pretendían para mal. No es un consuelo inmediato. Es un consuelo al que te vas adaptando, como un hueso que vuelve a soldar: doloroso al principio, fuerte después.

A Dios no lo sorprende tu enemigo; ni el notorio, ni el sutil, ni la persona que sonríe mientras te desestabiliza, ni la que te abandonó cuando más expuesto estabas. Ninguno de ellos lo tomó por sorpresa. Aquí viene lo más duro. En algunas ocasiones, no los aparta rápidamente porque está usando el conflicto. Eso no significa que el maltrato esté justificado. Significa que el maltrato no tiene la última palabra. Una vez acompañé a una mujer durante varios años de vejaciones tácticas en el trabajo. Nada ilegal. Nada lo bastante grave como para denunciarlo. Se trataba de una desestabilización constante, una falta de reconocimiento, un desprecio pasivo. Ella oraba pidiendo una vía de escape. Esta no llegó enseguida. Lo que sí llegó fue la lucidez, el valor, un mayor temor de Dios que al hombre. Se le quitó la necesidad de aprobación. Cuando por fin se fue, no era la misma mujer que había aceptado aquel empleo. Dios había obrado en ella algo que el consuelo jamás habría hecho.

GUÍA DE CAMPO

Esa no es una historia que le cuentes a alguien inmerso en todo ello a menos que lo conozcas bien. El momento importa. Las palabras pueden herir. Pero es una verdad que más adelante se convierte en ancla. Dios usa incluso a los enemigos a modo de cinceles, no porque se deleite en el dolor, sino porque se deleita en conformar a su pueblo a imagen de su Hijo. Esa imagen fue moldeada a través del sufrimiento. Jesús no se libró de la traición, de las acusaciones falsas ni del abandono. Nada de eso fue en vano. Si Dios puede reinar en la cruz sin volverse cruel, puede reinar sobre tu conflicto sin perder su bondad. Esto no es una teoría. No es teología de salón. Es lo que ha mantenido firmes a los santos durante siglos cuando se quedaban sin explicaciones. No estás loco por sufrir. No eres débil por sentir el golpe. Ahora bien, no estás solo en la historia y no eres su juez definitivo. La raíz del conflicto es más profunda que las personalidades y circunstancias. Atraviesa el corazón humano y se introduce en un mundo trastornado por el pecado. Por encima de todo ello, hay un Dios soberano que no desaprovecha el dolor. Eso no hace que el camino sea fácil, pero sí que tenga sentido. Y su sentido puede conllevar una influencia que el consuelo nunca tendrá.

2

EL EVANGELIO COMO GRAN IGUALADOR: UN EXAMEN ESPIRITUAL AL CORAZÓN

Recordemos quiénes éramos: una reflexión sobre nuestra necesidad compartida de gracia y redención

A la mayoría de aquellos a quienes les han hecho mucho daño les llega un momento concreto. Por lo general, es silencioso. No hay discusiones. Ningún giro dramático. La persona, sencillamente, percibe poco a poco que la ira ha comenzado a sentirse útil, protectora. Como un perro guardián al que has dado de comer durante mucho tiempo, ya no sabes a quién protege realmente. Es entonces cuando el evangelio empieza a cobrar fuerza, no con delicadeza, sino con honestidad. La memoria es peligrosa. La organizamos. La modificamos. Recordamos con nitidez cinematográfica lo peor que nos hicieron, mientras que nuestro propio pecado queda relegado a una nota al pie, en letra pequeña y fácil de pasar por alto. Las Escrituras no permiten ese tipo de recuerdos selectivos. Romanos 5:10 no dice que Dios nos malinterpretara. No dice que estuviéramos confundidos. No dice que fuéramos «buenas personas que solo necesitaban un rumbo, sino que éramos «enemigos».

Los enemigos no se apartan. Se oponen. Se resisten. Contraatacan. Antes de que la gracia nos alcanzara, no éramos neutrales hacia Dios. No estábamos indecisos, esperando ser convencidos. Estábamos en desacuerdo con Él. Éramos hostiles de pensamiento. Nos contentábamos con llevar nuestra propia vida. Estábamos felices de aceptar sus dones y de ignorar su autoridad. Esa palabra, «enemigo», es contundente. Elimina las narrativas halagadoras que nos gusta contar sobre nuestro pasado. He

visto a gente estremecerse ante ella, incluso a feligreses de toda la vida. Especialmente a estos. Se siente demasiado dura, demasiado brusca. Pero las Escrituras no pretenden halagarnos para que seamos humildes. Dicen la verdad para que la humildad tenga un lugar firme donde asentarse. Dios no se reconcilió con unos amigos que tuvieran con Él un pequeño desacuerdo. Se reconcilió con unos rebeldes, con unos traidores, con personas que prefirieron la oscuridad cuando les ofreció libremente la luz. No esperó a que nos ablandáramos primero. Eso es lo que iguala el terreno.

Me acuerdo de un hombre tratado muy injustamente por alguien en quien confiaba. Una auténtica traición, de esas que cambian tu opinión sobre la gente. Escuchaba con paciencia mientras hablábamos del perdón, hasta que me frenó: «Pero no lo comprendes —interrumpió—. Él sabía perfectamente lo que hacía». Tenía razón; lo sabía. Tú y yo también. Ese es el incómodo puente que Romanos 5 nos obliga a cruzar. No éramos unos paganos ignorantes, a ciegas en la oscuridad. Éramos imágenes de Dios que reprimían la verdad. Sabíamos lo bastante como para ser responsables. Pese a ello, huimos. Sin embargo, Dios se acercó igualmente a nosotros. No después del arrepentimiento, no después del desagravio, sino mientras aún éramos enemigos. Si eso no calma tu ira siquiera un poco, es que no lo has reflexionado lo suficiente.

Nuestra deuda impagable: cómo la comprensión del perdón de Dios transforma nuestra opinión de los demás

Jesús contaba historias de una manera que ponía a la gente contra las cuerdas sin levantar la voz. La parábola del siervo despiadado es una de ellas. Un siervo tiene una deuda impagable con un rey. No es ni incómoda ni onerosa: es impagable, de una cifra que hace a los contables reír y a los soldados agarrar los grilletes. El rey lo perdona por completo: sin plan de pagos, sin período de prueba. Luego, ese siervo sale y agarra a otro del cuello por una deuda pequeña en comparación. Este detalle importa. Jesús no niega que la segunda deuda sea real. Lo es. El dinero que se debe, se debe. El daño que se ha hecho ya está hecho. El pecado no deja de serlo porque otra persona cometa uno peor. Pero su magnitud importa.

He presenciado esta parábola infinidad de veces en la vida real. Una persona recibe de Dios una gracia que nunca podría merecer, el perdón

GRACIA PARA CON QUIENES TE HIEREN

a costa de la sangre de Cristo, y guarda sus heridas como reliquias. Se sabe las palabras correctas y canta los cánticos, aunque todavía está apretando con las manos la garganta de otro. «¿Cómo puede esperar el perdón? —pregunta—. Como lo esperabas tú», es la respuesta que Jesús fuerza sin suavizarla. En su día aconsejé a una mujer que llevaba décadas resentida con un familiar. De nuevo, un pecado real, imposible de minimizar. No obstante, el resentimiento se había vuelto parte de su identidad. Soltarlo era como perder poder. Como reconocer que el dolor importaba menos de lo que ella creía. Trabajamos esta parábola poco a poco, sin prisa, sin presión. En un momento dado, susurró, casi para sus adentros: «He sido perdonada más de lo que me gustaría admitir». Aquel fue el punto de inflexión.

El perdón no comienza por excusar a los demás. Comienza por recordar a qué costo te perdonó Dios. La cruz no solo nos libra de culpa; también deja al descubierto nuestra hipocresía. Dice: «Eres mucho peor de lo que te temías y mucho más amado de lo que jamás te atreviste a esperar». Ambas verdades son necesarias. Si suprimimos cualquiera de ellas, la gracia se hunde en el sentimentalismo o la desesperación. Queremos justicia para los demás y misericordia para nosotros porque creemos que nuestra historia es excepcional. Conocemos nuestros motivos. Conocemos nuestras presiones. Conocemos el contexto de nuestros fracasos. Sin embargo, solamente vemos las consecuencias de los pecados de otros. No sus noches de insomnio. No sus miedos en silencio. No las heridas que les enseñaron a herir. En esa asimetría prevalece la soberbia, que susurra: «Tú no eres como ellos». Eres más cauto, más sincero, más justificado. Eso es mentira.

Cómo aniquilar la soberbia: estrategias para vencer el ego y fomentar la reconciliación sincera

Depravación total no significa que seamos todo lo malos que podríamos ser. Significa que el pecado ha llegado a cada parcela de nosotros, incluso al razonamiento moral y al sentido de la justicia; sobre todo a este último. He visto la soberbia revestida de religión de las maneras más convincentes. Conoce el lenguaje de la justicia. Sabe citar las Escrituras de forma selectiva. Sabe exigir responsabilidades sin ofrecer jamás arrepentimiento. La verdadera justicia no ignora la misericordia, y la

GUÍA DE CAMPO

verdadera misericordia no borra la justicia. Ambas se encuentran en la cruz. No lo hacen en ningún otro sitio. La soberbia que se niega a perdonar suele ser la misma que olvida que necesitaba perdón primero. Eso no quiere decir que la reconciliación sea siempre lo prudente. Las Escrituras no imponen una confianza necia. Los límites son importantes. Las consecuencias, también. Perdón no equivale a restauración.

No obstante, el rencor, aquel que endurece y petrifica, revela algo acerca del corazón que lo padece. Una vez prediqué sobre este pasaje, y a continuación se me acercó un hombre. No discutió. No se quejó. Simplemente me confesó: «Creo que utilizo mi dolor para sentirme superior». Cuesta pronunciar esa frase en voz alta. A él le costó, pero también lo liberó. El evangelio nos iguala recordándonos que nadie es más que nadie al pie de la cruz: ni el herido, ni el sanador, ni el que se arrepintió antes ni el que llegó tarde. Todos venimos con las manos vacías, o no venimos. Si quieres justicia sin misericordia, terminarás pidiéndole a Dios algo que no querrá darte. Y si quieres misericordia sin justicia, redefinirás a Dios como alguien incapaz de salvar.

El evangelio rechaza ambas distorsiones. Dice que eras enemigo, pero que ya estás perdonado. Así pues, camina con humildad. No con debilidad, sino con humildad. Esta no niega el dolor; le da su justa medida. Te recuerda quién pagó tu deuda. Hace que sueltes tu superioridad. Sustituye los puños cerrados por manos abiertas. Ese tipo de corazón, formado lenta y dolorosamente, es el único suelo donde llega a crecer la auténtica sanación.

3

LA DECISIÓN DE PERDONAR: CÓMO SUPERAR NUESTROS SENTIMIENTOS PARA PODER SOLTAR

Adiós a los mitos frecuentes sobre el perdón: qué implica en realidad el perdón bíblico

Generalmente se habla del perdón como si fuera un estado de ánimo, como algo que aparece una vez que la ira se calma y los recuerdos pierden entidad. Es como si una mañana despertaras y te dieras cuenta de que te sientes generoso hacia la persona que te hirió. Eso casi nunca ocurre. En la mayoría de los casos, el perdón empieza con la herida aún sensible, mientras se mantiene la sensación de injusticia, mientras el corazón todavía quiere retribución. Esto se debe a que el perdón no es un sentimiento. Es una decisión. Una decisión difícil. A menudo se toma más de una vez, y siempre cuesta.

Primero necesitamos despejar el terreno. Muchos se quedan estancados, no porque se nieguen a perdonar, sino porque les han enseñado una definición incorrecta de perdón. Perdonar no es olvidar. Las Escrituras no imponen jamás la amnesia. El propio Dios recuerda los pecados sin rabia hacia su pueblo. Perdonar y olvidar no son lo mismo. Recordar es humano. Olvidar no es necesario. Perdonar no es dar nuestra aprobación al mal. La cruz evidencia que Dios nunca ignora el pecado. El perdón nombra la ofensa con sinceridad y mira la herida sin estremecerse. Se niega a mentir sobre lo que pasó con tal de mantener la paz. Perdón no es confianza. La confianza se construye. El perdón se otorga. Las Escrituras son precavidas

en esto incluso cuando la gente no lo es. Jesús perdonó libremente. No se encomendó a la ligera. La prudencia sigue siendo importante, al igual que los límites y las consecuencias.

He visto a gente que ha seguido en su cárcel porque pensaba que perdonar significaba reabrir puertas que Dios nunca le pidió que reabriera. Esa confusión le ha hecho un daño real. Perdón no siempre es reconciliación. La reconciliación requiere arrepentimiento por ambas partes. El perdón, no. El perdón es la obediencia de uno. La reconciliación es un milagro de dos. Si esperas a que el otro cambie para perdonar, le has entregado las llaves de tu alma. Esa persona decidirá cuánto tiempo continuarás amargado. Decidirá cuándo serás libre. Las Escrituras nunca colocan tanto poder en manos humanas. El perdón es algo que llevas a cabo ante Dios, no una negociación con tu ofensor.

Una transacción legal del corazón: la decisión deliberada de cancelar la deuda de una ofensa

En esencia, el perdón es una transferencia, un acto deliberado en el que pasas la deuda de tu libro mayor al de Dios. Cada ofensa genera una deuda. Se te debe algo: una disculpa, un desagravio, un reconocimiento. Algunas veces, la mera asunción de culpabilidad. Cuando esa deuda no se paga, el corazón comienza a cobrar intereses: frialdad, distancia, silencio, castigo sutil. Pronto aprendemos estas técnicas. Parecen más seguras que la confrontación y más respetables que la ira, aunque son otra forma de juicio. Romanos proclama que Dios es juez de toda la tierra. No es una consigna teológica; es una línea fronteriza. Cuando te niegas a perdonar, la cruzas. No solo recuerdas el agravio: condenas a la persona.

Esa es una carga muy pesada. Demasiado. He comprobado cómo desgasta a la gente. No la herida original, sino el juicio continuado, el revivirla constantemente. El veredicto silencioso anunciado de manera reiterada. El perdón es el momento en que sentencias: «Ya no seré yo quien cobre esta deuda». No la borras. No la minimizas. La pones en las únicas manos lo bastante fuertes como para sostenerla sin corrupción. Dios no pierde de vista la injusticia. Ningún pecado pasa desapercibido para Él. Ningún agravio se evapora sin dejar rastro. O lo pagó en la cruz o le dará respuesta en el juicio. Esa verdad es la que hace posible el perdón,

GRACIA PARA CON QUIENES TE HIEREN

no porque la justicia desaparezca, sino porque por fin está en las manos justas.

Cuando niegas el perdón, no estás defendiendo la justicia: estás haciéndote pasar por ella. Es agotador hacerse pasar por Dios. He presenciado cómo algunas personas han castigado a otras poniendo distancia durante décadas, sin gritar nunca, sin confrontación de ninguna clase. Simplemente negándoles la cordialidad. Negándoles su presencia. Negándoles la gracia. Parece contención. Se siente digno. Se siente seguro. Pero, poco a poco, va vaciando el alma. El perdón dice: «Ya no jugaré más a ser Dios en esta historia». Con esa rendición empieza la libertad.

La libertad del prisionero: cómo el perdón a los demás libera tu alma de la amargura

Hace años, había en mi congregación una mujer fiel, tranquila y estable, de las que servían sin necesidad de que las vieran. De haber preguntado, la mayoría de la gente la habría calificado de equilibrada. No lo era. Su padre se había marchado cuando era una niña, sin explicación, sin un adiós. Mera ausencia. Pasaron décadas. Él se perdió los cumpleaños. Si acaso, observó las bodas desde la distancia. Un silencio lo suficientemente denso como para moldear una infancia. Ella nunca lo llamaba amargura. Lo llamaba realismo. «No espero mucho de los hombres», bromeó a medias en una ocasión. Fue más adelante, mucho más adelante, que Cristo comenzó a hurgar en esa vieja herida, no de manera acusadora, pero con persistencia.

Un día me contó: «Descubrí que había estado esperando toda la vida a que él regresara para arreglarlo. Jamás regresó». Entonces se hizo inevitable el perdón, no porque él se arrepintiera o cambiara, que no fue el caso. El perdón llegó porque cambió ella. No lo disculpó. No se reconcilió con él. Ni siquiera volvió a hablarle. Pero lo liberó. «Lo puse en manos de Dios —dijo—, no porque lo mereciera, sino porque yo ya no podía cargarlo». En eso yerra la gente. El perdón no se centra principalmente en el ofensor, sino en aquel que soporta la carga.

Jesús fue claro al respecto. El rencor es una cárcel, y los barrotes son internos. Esa mujer no salió más liviana porque su padre se convirtiera en

GUÍA DE CAMPO

un hombre mejor, sino porque Cristo se había convertido en un Salvador más profundo para ella. El perdón no borró su pasado: hizo que lo soltara. Así suele funcionar: no todo de repente; a veces despacio, a veces con lágrimas, a veces repitiendo la misma decisión cuando los recuerdos vuelven a surgir. El perdón no se siente como un triunfo. Muchos días se siente como obediencia. Una obediencia silenciosa que tiene un costo. Sin embargo, es la obediencia lo que libera al prisionero, no a quien te hizo daño, sino a ti. Y esa libertad, ganada con esfuerzo y hondamente arraigada, es algo que nadie puede quitarte.

4

CÓMO PRACTICAR EL AMOR EN EL MUNDO REAL: HABILIDADES ESENCIALES PARA LAS RELACIONES

La oración por la persona que te irrita: una transformación del corazón por medio de la intercesión

A la mayoría de la gente no le cuesta amar a la humanidad. La humanidad es abstracta, lejana, segura. El problema llega con los nombres, con las caras, con las personalidades, con el hombre que te interrumpe, con la mujer que te desestabiliza, con la persona que sabe exactamente cómo provocarte y lo hace a pesar de todo. Ahí es donde el evangelio abandona el estudio para adentrarse en la vida real. El amor, en las Escrituras, no es una actitud que haya que admirar: es una senda que hay que recorrer, que normalmente es irregular. Jesús no ordenó: «Sé cordial con tus enemigos», sino: «Ora por ellos». Ese mandamiento es más misericordioso de lo que parece. La oración obliga a la honestidad. No se puede fingir veneración durante mucho tiempo cuando se está a solas con Dios. Pronto aparecen el rencor, el sarcasmo, la astucia. Dios no se sorprende por nada de esto. Lleva siglos escuchando el corazón humano.

Este es el error de la gente: creer que orar por alguien significa fingir que no te molesta. No es así. Empieza donde estás, no donde crees que deberías estar. Suelo sugerirle a la gente que comience con esta frase: «Señor, sabes que no quiero orar por esta persona». No es irreverente, sino una verdad. Y la verdad es donde realmente se inicia la oración. Luego pídele a Dios que haga lo que tú no puedes: no que primero le ajuste las cuentas al otro, sino que te calme a ti; que modere tu lengua; que suavice tus reacciones; que te impida responder con crueldad. Con

el tiempo, si la gracia lo permite, pídele a Dios que bendiga su alma. Ni su éxito ni sus planes: su alma, que es diferente. Eso es reconocer que todo lo que hace emana de un corazón tan quebrantado como lo estuvo el tuyo antaño. Es difícil odiar a alguien mientras le pides a Dios que lo libre del pecado. No es imposible, aunque sí difícil. Y es en la dificultad cuando empiezan a surgir grietas. He visto cómo la oración obra silenciosamente en personas que jamás lo esperaron. La irritación no se esfumó. Sin embargo, dejó de llevar la voz cantante. Dejó de mandar. La oración no siempre cambia a la otra persona, pero siempre pone en su lugar a quien ha de reinar en tu corazón.

Límites sin amargura: cómo preservar tu paz conservando el cariño

La gracia no exige necesidad. Esa frase ha salvado a más gente de la que piensas. Hay una corriente espiritual que confunde perdonar con exponerse, como si la santidad implicara mantenerse al alcance de quien te hace daño. Las Escrituras no enseñan eso en ningún momento. Jesús se retiró. Pablo escapó en la noche. La iglesia primitiva se reunía discretamente por prudencia. Puedes perdonar a alguien y, pese a ello, cerrarle la puerta. Los límites no son falta de amor. Con frecuencia son su manifestación definitiva. He caminado con personas que permanecieron demasiado tiempo en situaciones de peligro porque creían que marcharse significaba no haber perdonado. Eso no es madurez espiritual: es confusión revestida de religión. El perdón libera la deuda; los límites confirman la realidad. Si alguien continúa mintiendo, manipulando o hiriendo, el amor puede requerir distancia, pero no como castigo, sino como mayordomía.

La amargura dice: «Espero que sufras»; la sabiduría dice: «No me pondré en una situación donde el daño sea predecible». No es lo mismo. Un límite amargo cierra la puerta y no deja de revivir la ofensa; un límite prudente la cierra y entrega la llave a Dios. La diferencia asoma en el corazón. Uno hierve a fuego lento; el otro se apena y después descansa. Una vez aconsejé a un hombre que tuvo que alejarse de un viejo amigo cuya conducta se había vuelto destructiva. Lloró cuando me lo contó; no porque odiara al hombre, sino porque lo amaba y por fin aceptaba que su proximidad no servía de nada. «Eso no es rencor —señalé—. Es sensatez». La gracia no niega los patrones: responde a ellos con sinceridad.

GRACIA PARA CON QUIENES TE HIEREN

Cómo hacer el bien a quienes te odian: la bondad radical, un medio hacia la victoria espiritual

Ahora es cuando el amor deja de parecer teórico y empieza a parecer irracional. Jesús no sugería gestos dramáticos. Hablaba del pan, del agua, de los kilómetros que caminaba. Actos cotidianos bajo presión. No se le hace el bien a alguien que te odia para ganar. Si tu objetivo es ganar, ya has perdido. El corazón conoce la diferencia. Los pequeños actos importan porque eliminan la teatralidad. Invitar a un café, brindar ayuda, hablar con respeto cuando el sarcasmo sería más fácil. En su día conocí a una mujer que le llevaba pasteles a un compañero que había tratado de que la despidieran. No hablaba ni confrontaba. Tan solo dejaba un obsequio discreto sobre un escritorio. Cuando le pregunté por qué, contestó: «Porque no quiero que su pecado me enseñe a pecar». Ese es el instinto lícito. Hacer el bien no garantiza la reconciliación. A veces confunde a la gente, a veces la irrita más. El amor no se mide por los resultados, sino por la obediencia.

La obediencia cuesta. Estos actos no suprimen los límites. No reniegan de la sabiduría. Simplemente se niegan a permitir que el odio escriba el guion. Pablo aconseja: «No te dejes vencer por el mal; al contrario, vence el mal con el bien» (Rm 12:21). No es sentimentalismo: es estrategia. El mal se propaga por imitación. El bien interrumpe el ciclo, sin ruido, en silencio. Y en el silencio suele radicar la auténtica fuerza. Si la lengua era peligrosa en el siglo I, el dedo es catastrófico en la actualidad. Las redes sociales premian la velocidad, el escándalo y el rendimiento. Nada de eso cultiva la piedad. Existe una fuerte tentación a defenderte públicamente, sobre todo cuando eres objeto de tergiversación, sobre todo cuando el silencio parece rendición. Por el contrario, las Escrituras muestran una extraña tranquilidad al respecto: «La respuesta amable calma la ira» (Pr 15:1a); «Encomienda al SEÑOR tu camino» (Sal 37:5a); «[...] confiaba en aquel que juzga con justicia» (1 P 2:23). Observa el patrón: Dios no se apresura a hacer justicia en tiempo real.

He conocido a gente que se dejó la piel intentando controlar una narrativa: capturas de pantalla, hilos, indirectas disfrazadas de peticiones de oración. Eso nunca termina bien. No es preciso rectificar cada mentira. No es preciso responder a todas las acusaciones. No es preciso demostrar la

propia inocencia a unos desconocidos. En ocasiones, la reacción más fiel es la moderación. Esta no implica pasividad, sino elegir tu audiencia. Hay conversaciones propias de salas privadas, no de canales públicos. Hay defensas de las que Dios se encarga mejor de lo que tú jamás podrías. El chismorreo parece más suave que la confrontación, pero a largo plazo pesa más. Quiebra la confianza. Entrena el corazón para que busque aliados en lugar de la verdad. Mantener la boca —y los dedos— a raya no es debilidad: es disciplina. Se lo he advertido a la gente durante años: si no lo dices estando la persona presente, no lo digas cuando no lo esté. Esa norma, por sí sola, sanaría la mitad de nuestros conflictos. Con frecuencia, la gracia parece moderación, silencio, espera. Y no porque la verdad no importe, sino porque importa el momento.

Las manos y los pies de la gracia: formas prácticas de vivir el amor y el servicio de Dios

Nada de esto es sencillo. Quien te diga lo contrario no lo ha intentado. Amar en el mundo real tiene un costo: horas de sueño, soberbia, ilusión de control. No obstante, también te libera. La gracia, cuando se practica, actúa con sutileza. Hace que dejes de aferrarte a los resultados. Te enseña a caminar ligero incluso en terreno endurecido. Te mantiene humano en un mundo que sigue tratando de volverte agresivo. No lo harás a la perfección. Nadie lo hace. Fracasarás, fallarás, revivirás conversaciones que desearías haber manejado de otro modo. La gracia también está ahí.

La vida cristiana no consiste en dominar el amor. Consiste en dejarse dominar por él, una y otra vez, hasta que nuestras reacciones vayan cambiando, no de la noche a la mañana, sino a lo largo de los años. Así ha obrado siempre la fe: en las cocinas, en las oficinas, en las filas de los supermercados, en lugares donde el amor ha de calzarse unas botas de trabajo. Cuando lo hace, la gente lo nota; no porque seas impresionante, sino porque hay algo más fuerte que el instinto que te mantiene en pie. Ese algo tiene un nombre: gracia.

5

LA RECOMPENSA DE LOS QUE TRABAJAN POR LA PAZ: EL DESCANSO EN LA PAZ DE CRISTO

Paz que sobrepasa todo entendimiento: cómo experimentar una calma sobrenatural en un mundo caótico

Hay un tipo de agotamiento que no proviene del trabajo, sino de estar siempre vigilante, reviviendo conversaciones. Proviene de ensayar discusiones que nunca podrás llevar a término, de permanecer alerta por si se reabre la herida. Ese tipo de cansancio se instala en los huesos. La mayoría no comprende cuánta energía requiere la venganza hasta que deja de buscarla. Cuando lo hace, sucede algo inesperado. Las Escrituras no prometen una paz como la del mundo. No promete la frágil calma que depende del comportamiento de las circunstancias. No promete el alto el fuego que dura únicamente mientras no hay provocaciones. La paz de Cristo llega cuando algo más profundo por fin se rinde. Cuando dejas de buscar venganza, tácita o expresa, tu alma exhala; no porque la justicia haya desaparecido, sino porque ya no intentas construirla con tus propias manos. El tribunal de tu mente acaba levantando la sesión. El caso que no hacías más que reabrir queda en otras manos.

Esa paz, verdaderamente, sobrepasa todo entendimiento, y no porque sea mística, sino porque no tiene lógica para la carne. En nuestro interior todo dice: «Espera. Mantente alerta. Que no se salgan con la suya». La paz dice: «Tú no eres el juez. Estás a salvo». He sido testigo de la llegada de este momento a la vida de algunas personas: unas veces despacio, otras de repente y, a menudo, con lágrimas. La ira no siempre se va de inmediato. Sin embargo, pierde su autoridad. Deja de ser aquello que

GUÍA DE CAMPO

planifica su día. Les resulta más fácil dormir. La oración es menos tensa. El corazón se sosiega. No se queda entumecido, sino sosegado. Hay una diferencia: la paz no significa olvidar lo que pasó, sino que lo que pasó ya no te domina. Ese descanso es un regalo que muchos creyentes nunca abren porque temen que la paz los haga vulnerables de nuevo. Las Escrituras, por el contrario, afirman que es liberadora.

Cómo parecerse a Jesús: la transformación del carácter cuando se trabaja por la paz

Si el perdón llega a sentirse antinatural es porque lo es. Va en contra del instinto, de la autoprotección y de la soberbia. Por eso nos moldea tan a fondo. La imagen más clara que tenemos no es abstracta. Es sangrienta, pública, definitiva. Jesús en la cruz no perdonó después del dolor. Perdonó mientras los clavos todavía estaban cumpliendo su función, mientras las burlas llenaban el aire, mientras la injusticia alcanzaba su máxima expresión. «Padre, perdónalos». Eso no fue debilidad. Fue el sometimiento de su autoridad. Jesús no estaba fingiendo que el pecado no era real. Estaba asimilándolo, soportándolo, cargándolo hacia algún lugar donde por fin podría ser enfrentado. Cada vez que un cristiano opta por el perdón, adopta ese patrón. No hay expiación ni salvación, sino reflexión.

El perdón no te hace menos humano. Te hace más parecido a Cristo. He contemplado cambios visibles en ciertas personas a medida que entienden esta verdad. Su actitud se ablanda. Hablan más despacio. Dejan de vivir como si cada ofensa fuera una amenaza a su identidad. Empiezan a parecerse a Alguien, no porque dominen la gracia, sino porque esta ha comenzado a dominarlas a ellas. Ese parecido no proviene de un mayor esfuerzo. Proviene de permanecer más tiempo al pie de la cruz y dejar que esta reajuste lo importante. Jesús no se aferró a sus derechos. Con ello afianzó nuestra paz. No hay lugar más seguro que ese para aprender a perdonar.

GRACIA PARA CON QUIENES TE HIEREN

El fin de toda animadversión: cómo descansar en la esperanza eterna de la restauración definitiva de Dios

Las Escrituras no permiten en ningún momento que olvidemos que este mundo es temporal; no desechable, sino temporal. Eso importa más de lo que pensamos. Toda animadversión que has conocido tiene fecha de caducidad. En el cielo nuevo y la tierra nueva no habrá inquina, indiferencia, amarguras sin resolver, evasivas calculadas ni nombres que formen un nudo en el pecho cuando se pronuncien. Allí no habrá enemigos. No es un futuro escapista, sino provisto de un rumbo que nos indica para qué estamos siendo moldeados. Ahora estamos ensayando para el cielo. Cada acto de perdón es un ensayo. Cada decisión de amar en vez de vengarnos es una pequeña sincronización con el mundo venidero. Estamos aprendiendo el idioma que un día hablaremos con fluidez.

Eso no significa que ahora ignoremos la injusticia. Significa que nos negamos a que nos defina para siempre. He enterrado a gente que se llevó la inquina a la tumba y a gente que la dejó atrás años antes. La diferencia es inconfundible. Una vida se siente inconclusa. La otra, concluida; no porque todo saliera bien, sino porque la paz echó raíces en ella. «Dichosos los que trabajan por la paz», dijo Jesús, pero no porque eviten el conflicto, sino porque lo viven sin convertirse en lo que odian. Serán llamados hijos de Dios. Ese calificativo es apropiado porque se parecen a su Padre. Trabajar por la paz no borra el pasado; redime el futuro. Consigue que dejes de aferrarte a esta era y entrena tu corazón para la siguiente. Cuando por fin descanses —no solo físicamente, sino en profundidad—, te darás cuenta de que la recompensa nunca fue el control. Era la paz. La paz de Cristo. Con eso basta.

«Mía es la venganza», proclama el Señor: cómo confiar en Dios con justicia y renunciar a la revancha

Sin embargo, Apocalipsis 6 también habla de los santos mártires, que ya están en el cielo preguntando al Señor cuánto deben esperar para recibir justicia, cuánto deben esperar para que Dios venga su sangre. No preguntan si Dios hará justicia, sino cuándo. ¿Los corrige el Señor por su impertinencia? ¿Les señala su falta de perdón? No. Dios no hace tal cosa. Les ordena pacientemente que reposen un poco más hasta que se sumen

GUÍA DE CAMPO

a ellos más testigos. El libro del Apocalipsis es claro en cuanto a que la justicia llegará al pueblo de Dios en el tiempo de Dios. Llegará por medio de la espada del Señor Jesús y de la ira del Cordero.

El Apocalipsis muestra que se ha dado y se dará advertencia y testimonio abundantes a un mundo que no quiere el perdón de Dios. Aquel que llegó a ser el Cordero sacrificial perfecto, suficiente para purificar a los pecadores más inicuos, es también el Cordero que manifiesta la ira de Dios hacia los pecadores impenitentes.

Se debe obligar a los transgresores a pagar por el mal que han hecho, ¿pero a quién? La retribución en estos casos es correcta y buena, ¿pero cuándo? Cuando un individuo o grupo ha sido tratado muy injustamente, con razón queremos no solo protección, sino también justicia. Aun así, sentimos que nuestras formas de retribución no siempre son justas en esta vida. Por ejemplo, si un ser querido es asesinado, no hay suma de dinero ni pena de cárcel que nos lo vaya a devolver. Sentimos entonces el correspondiente deseo de justicia absoluta. No obstante, nos percatamos de que el día perfecto del juicio de Dios, cuando Él enjague toda lágrima, todavía no ha llegado. La justicia humana suele quedarse a medias.

Hay un conflicto. Para el cristiano, ya somos «una nueva creación» en Cristo (2 Co 5:17). Ya somos parte de un nuevo reino con un nuevo Rey. El Cordero es nuestro Señor y Salvador, que ha vencido al mundo. Esperamos que Él traiga la salvación en todas sus formas, como la justicia, el desagravio y la retribución, en su tiempo. Lo hará. Él es el Salvador del pecado y el Redentor del mal.

Por otra parte, aún vivimos en este mundo y debemos someternos a las autoridades de gobierno a pesar de sus imperfecciones, pues son el arma del Señor para enviar su venganza a los malhechores, incluidas las naciones agresoras. Ahora bien, las autoridades humanas nunca imparten una justicia perfecta.

Solo el Cordero derrama con perfecta justicia la ira final de Dios sobre aquellos que rechazan su misericordioso evangelio. Amar el regreso de nuestro Salvador supone, entre otras cosas, amar su venganza perfecta,

GRACIA PARA CON QUIENES TE HIEREN

que también mereceríamos nosotros si no estuviéramos amparados por su preciosa sangre.

Esta dimensión del evangelio se remonta a la caída de Adán y Eva. Dios prometió entonces que la simiente de la mujer aplastaría la cabeza de la serpiente, mientras que esta solamente le heriría el talón a la primera (Gn 3:15). Aquí no se habla únicamente de la animosidad entre Jesús y Satanás, sino también de la existente entre la descendencia de la mujer y la de la serpiente.

Es cierto que con frecuencia no sabemos quién está en qué bando, ya que eso no queda zanjado hasta el final de la vida de una persona. Por tanto, no podemos excusarnos en ello para decir quién perdonará o no. Esa es una trampa del enemigo. Debemos perdonar setenta veces siete, como nosotros hemos sido perdonados.

Sin embargo, la promesa de que el Cordero de Dios es el juez perfecto, que impartirá justicia perfecta de una manera imposible para nosotros, nos da paz para descansar en la santa gracia y la santa justicia de Dios.



CONCLUSIÓN: ÚLTIMAS OBSERVACIONES DESDE EL PORCHE

Quiero concluir como han concluido multitud de conversaciones difíciles a lo largo de los años: ni detrás de un escritorio ni en un púlpito, sino en un porche. La luz de la tarde se desvanece. Las tablas crujen por el peso. Es un sitio donde no discutes más. Simplemente dices la verdad, y ahí la dejas. Hace años vi cómo reconstruían un pequeño puente a las afueras de un pueblo. Había sido arrasado por una tormenta; no todo de golpe, sino paulatinamente. Se aflojaron los tableros. Los soportes se desestabilizaron. Una mañana, sencillamente, cedió, y la carretera quedó suspendida en el aire. Durante mucho tiempo la gente tomó desvíos, trayectos más largos y más kilómetros. Se adaptaron. Algunos olvidaron que el puente había estado allí alguna vez. Otros se quejaban de las molestias, pero nunca movieron un dedo. Un día apareció una cuadrilla; no para hablar del puente: para reconstruirlo. Viga a viga. Sudor. Ruido. Tiempo. El cruce se reabrió discretamente, sin ceremonia. Había un camino para avanzar por donde antes no se podía. Así es como se trabaja por la paz en la mayoría de las ocasiones: sin escenas dramáticas de reconciliación, sin finales felices. Nada más que obediencia pausada. Obediencia que acarrea un costo, que reconstruye un puente que quizá nunca cruces completamente con la otra persona. Pero alguien sí lo cruzará. Era igualmente necesario que tú fueras fiel.

GRACIA PARA CON QUIENES TE HIEREN

He aquí la verdad que es preciso proclamar con claridad al final: no puedes hacer nada de esto con tus propias fuerzas; no durante mucho tiempo, no con honestidad, no sin volverte agrio, soberbio o víctima del agotamiento. Quien te diga lo contrario no ha intentado perdonar un daño que se le haya quedado profundamente enquistado. Esta clase de amor no es un rasgo de personalidad: es obra del Espíritu Santo. El Espíritu no elimina el dolor, pero te calma en él. Te recuerda a quién perteneces cuando resurgen los viejos instintos. Detiene tu reacción de venganza. Te otorga moderación cuando es más prudente callar que hablar. Te concede valentía cuando la obediencia se siente vulnerable y, a veces, en silencio, te da paz sin que creas merecerla.

Si estás leyendo esto y ya te viene un nombre a la cabeza, no lo rechaces. No lo desinfectes; no lo transformes en una abstracción espiritual. Nombra a tu enemigo con sinceridad ante Dios: a aquel que te hirió, al que te decepcionó, al que sigue provocándote un nudo en el pecho cuando se acerca a conversar. Dios no se ve amenazado por lo específico. Obra con la verdad, no con generalidades. Entrégale a esa persona, no con palabras dramáticas, sino con franqueza. Cuéntale cómo se siente la deuda. Cuéntale lo que querías y nunca recibiste. Cuéntale dónde mora todavía la amargura. Luego, deliberadamente, deja de juzgar; no porque parezca lo correcto, sino porque lo es, porque tú no eres el juez y porque nunca debiste llevar esa carga. Que el Espíritu Santo haga lo que solamente Él puede hacer. Que reconstruya lo derruido por el pecado, el tiempo y el miedo. Que te ponga a trabajar por la paz de una manera que ahora parece tener un costo, pero que más adelante se sentirá libre.

Por el camino, escucha esta bendición, clara y sin florituras. Que el Dios de la paz guarde tu corazón cuando te duelan viejas heridas. Que el Espíritu te dé moderación cuando la ira no tarde en brotar y sabiduría cuando el amor requiera distancia. Que Cristo, que te perdonó a costa de su propia sangre, molde tus reacciones hasta que la misericordia te salga más natural que la venganza. Que tu obediencia, incluso cuando no la vea nadie, te prepare para el reino donde ya no hay enemigos y la paz deja de ser frágil. El camino que tienes por delante no siempre será sencillo, pero lo recorrerás con gracia, y con eso basta.



El doctor **Richard John Perhai** se desempeña como vicepresidente y decano de Estudios Académicos del Seminario Teológico de Kiev, donde es profesor de Biblia y Teología desde 2003. Tiene un doctorado magna cum laude en Teología Sistemática por el Seminario Bíblico Bautista, y un doctorado en Exposición Bíblica por el Seminario Teológico de Dallas. Es autor de La teoría de la Escuela de Antioquía en los escritos de Teodoro de Mopsuestia y Teodoreto de Ciro (Fortress Press, 2015).

El doctor **Larry Oats** es un veterano profesor de Biblia y exdecano del Seminario Bautista Maranatha (2009-2019), con más de 40 años de servicio en la Universidad Bautista Maranatha, en Watertown (Wisconsin). Graduado de dicha universidad, tiene un doctorado en Teología Sistemática y se especializa en fundamentalismo e historia bautista.

